



HA MUERTO RICARDO DEL ARCO

AL cerrar la impresión de este número, las páginas de ARGENSOLA han de registrar la noticia más dolorosa que podía habernos llegado: Ricardo del Arco ha muerto. Daremos así, escuetamente, sin adjetivos, sin títulos, la tremenda noticia, porque Ricardo del Arco ha entrado en la gozosa claridad y su nombre volará ya en las alas de la fama.

El día 7 de julio, un accidente de la circulación rodada, la despiadada y despreocupada inmoladora de existencias humanas, arrebató la vida del ilustre historiador. Huesca, Aragón y España entera están de luto. Ha muerto el cantor excelso de Aragón, de su belleza artística, de su grandeza histórica. Y muere inesperadamente, en plena actividad, cuando sus producciones alcanzaban el más alto nivel de madurez científica. Su muerte, que recuerda la de otro genial español, el arquitecto Gaudí, es todo un símbolo: Humanista y clásico, de sólida formación cultural, muere, víctima de una pseudo civilización, bárbara y mecánica, en la que el hombre se convierte en un mero engranaje.

Descendiente de antigua familia aragonesa, procedente de Borja, nació en Granada el 7 de marzo de 1888, pero desde los tres años residió y se educó en Tarragona, la vieja ciudad pletórica de recuerdos de Aragón, en donde cursó el bachillerato, obteniendo brillantes calificaciones. Licenciado en Filosofía y Letras, ingresó muy joven en el cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, siendo destinado al archivo de Hacienda de Huesca. Desde entonces, todo su talento, toda

su sólida preparación científica y todo su entusiasmo por el Arte y por la Historia los puso al servicio de Aragón, de ese Aragón de sus mayores que fue, en realidad, su región amada.

Desde 1910, en que Ricardo del Arco publicó sus primeros estudios, todos los años dió a la imprenta varios volúmenes que vinieron a iluminar mil aspectos de la Historia, la Literatura, el Arte y el Folklore aragonés. Esta formidable tarea de exaltación histórica le abrió muy pronto las puertas de las academias nacionales, mientras los centros hispanistas del extranjero le colmaban de elogios y distinciones. Realmente, la producción de don Ricardo maravilla por su magnitud y por su importancia. Toda ella va encendida de pasión aragonesa y de amor filial a esta tierra que él amó tanto. En 1934, fue premiada en concurso nacional su obra *La erudición aragonesa el siglo xvii en torno a Lastanosa*, y poco después *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, único premio otorgado por la Real Academia Española. Obtuvo también el premio de la Academia de Ciencias Morales y Políticas con su estudio *La idea del Imperio en la política y la literatura española*, y en 1941 el «Fastenrath», con su *Fernando el Católico, artífice de la España Imperial*. En el concurso convocado por el Ministerio de Educación Nacional para conmemorar el cuarto centenario de Cervantes, logró el único premio, que se concedió a su obra *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Son también obras fundamentales el *Catálogo monumental de la provincia de Huesca*, el *Repertorio de manuscritos para la Historia de Aragón*, *La erudición aragonesa del siglo xvii* y el *cronista Uztaroz, Sepulcros reales de Aragón* y sus series monográficas sobre monumentos aragoneses. La obra y la biografía del insigne maestro serán estudiadas en los próximos números de ARGENSOLA.

Con su muerte entra en la Historia todo un período de la existencia oscense y aragonesa. Yo vuelvo la vista atrás y no encuentro un momento de la historia cultural de Aragón a la que no haya estado asociado su nombre. El conoció un Aragón inexplorado, de robusta personalidad, que ha desaparecido ya, pero cuyo eco, solemne y viril, se encuentra en su vastísima producción. Era ya don Ricardo el único superviviente de una edad, que nos parecía más heroica y en la que el trabajo intelectual tenía un impulso desinteresado, puramente romántico.

Su nombre irá indisolublemente unido al Instituto de Estudios Oscenses. Consejero fundador, Vicepresidente, Director de publicaciones, Jefe de la sección de Historia y Arte, nuestra institución vive y vivirá de la raíz nutricia del gran erudito. El nos enseñó a amar nuestra región, nos señaló el camino que habíamos de seguir y nos infundió

aliento para continuar la tarea y esperanza en un fructuoso porvenir. Nuestra institución, deposeída de su figura gigantesca, queda huérfana, desválida; nuestra filial piedad consistirá en recordarle y en seguir sus orientaciones.

Su muerte es tanto más de lamentar cuanto que se hallaba en el momento más espléndido de su vigor intelectual y tenía en proyecto vastas empresas. Sobre mi mesa está el último artículo de don Ricardo sobre vías romanas que me acababa de enviar. Sobre él y sobre próximos trabajos, habíamos quedado en hablar un día de estos. Un diálogo que ya no se celebrará. No veremos ya los discípulos el gesto amado del maestro ni escucharemos sus sabias enseñanzas. Allí, estará silencioso ese gabinete suyo de trabajo, recoleto, con su balcón hacia el Mediodía, evocador del antiguo convento de San Francisco, inundado de libros y de carpetas. Sus ojos no podrán ya ver sus estudios, ya en prensa, sobre Joaquín Costa, sobre Sancho Ramírez, sobre la Historia de Aragón en la Edad Media. Pero nos queda su obra ingente, imperecedera; a través de ella podremos escuchar todavía su acento magistral y en las reuniones de las corporaciones aragonesas de cultura estará siempre viva su presencia.

A los que fuimos sus discípulos, a los que le amamos entrañablemente, ya no nos queda más que seguir las directrices que él nos ha dejado y elevar una oración a lo alto. Señor, Tú que dijiste: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», acoge en el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz, a este luchador incansable, que consagró su vida a la busca de la verdad, ideal excelso, digno de nuestras almas inmortales.

FEDERICO BALAGUER